

La discusión sobre el significado de nuestra guerra (en *Die Frau*) requeriría ser integrada con la mayor urgencia a un punto de vista que ustedes seguramente apreciarán: el de *nuestra responsabilidad ante la historia* (no he podido encontrar sino esta expresión, más bien patética).

La cuestión misma es bastante simple: un pueblo numéricamente "superior", organizado en términos de potencia estatal, llega a encontrarse, por el simple hecho de ser tal, ante tareas totalmente distintas de las que recaen sobre pueblos como el suizo, el danés, el holandés, el noruego. Con respecto a esta cuestión, a la gente le parece obvio, en todas partes, que un pueblo inferior en número y potencia no por ello es menos "precioso", o menos "importante" ante el juicio de la historia. Pero esto es así sólo porque tal pueblo tiene otros deberes y, precisamente por ello, también otras posibilidades de civilización. Por cierto ustedes conocerán las consideraciones tan frecuentemente apreciadas de Jacob Burckhardt sobre el carácter diabólico de la potencia.² Ahora bien, esta valoración es totalmente consecuente desde el punto de vista de aquellos bienes culturales que son confiados a la custodia de un pueblo como, por ejemplo, el suizo, que no puede por cierto llevar la coraza de los grandes estados militaristas (y que por lo tanto no está históricamente obligado a llevarla). Incluso nosotros tenemos mil razones para agradecer la suerte que representa el hecho de que exista un germanismo por fuera del estado potencia.

¹ *Zwischen zwei Gesetzen*. A propósito del tema: "La ley del evangelio y la ley de la patria", en la publicación mensual *Die Frau* [La señora] se desarrolló una polémica entre Gertrud Baumer y una pacifista suiza que indujo a Max Weber a las presentes declaraciones. Este texto se publicó, bajo la forma de una carta a Gertrud Baumer, en el fascículo de febrero de 1916 de la citada revista.

² Jacob Burckhardt, *Weltgeschichtliche-Betrachtungen* (póstuma, 1905). [Reflexiones sobre la historia universal, México, FCE, 1943.]

No sólo las puras virtudes cívicas y la genuina democracia, aún no realizada en ninguno de los grandes estados, sino también los valores infinitamente más íntimos y sin embargo eternos, únicamente pueden florecer en aquellas sociedades que renuncian a la grandeza política. Hasta los de naturaleza artística: un alemán tan genuino como Gottfried Keller jamás se habría convertido en la personalidad totalmente original y única que fue en el ámbito de un campamento militar, como se ha visto obligado a ser nuestro estado. En contraposición, los deberes que pesan sobre una nación organizada en gran estado son ineludibles. Las generaciones futuras, y sobre todo nuestros propios descendientes, no harán responsables a los daneses, los suizos, los holandeses, los noruegos, si el dominio sobre el mundo —y por esto, en última instancia, se entiende la capacidad de decidir el carácter de la civilización del futuro— fuese repartido sin lucha entre los reglamentos de los funcionarios rusos por un lado y las convenciones de la *society* anglosajona por el otro, con un agregado, tal vez, de *raison* latina. Nos llamarán a *nosotros* a responder, y con razón, porque somos un gran estado, y porque, a diferencia de aquellos "pequeños" pueblos, podemos lanzar sobre el platillo de la balanza nuestro peso, el peso de nuestra posición respecto de este problema de la historia. Y precisamente por ello grávita sobre nosotros, y no sobre aquellos pueblos, el maldito deber y la obligación ante la historia, es decir frente a la posteridad, de contraponernos al sometimiento del mundo entero por parte de esas dos potencias. Si nos sustrajésemos a este deber, el Reich alemán sería un costoso e inútil lujo de carácter nocivo para la civilización, que no habríamos debido permitirnos, y que más bien deberíamos eliminar lo más rápidamente posible en favor de una "helvetización" de nuestra entidad estatal: o sea en favor de su disolución en pequeños cantones políticamente reducidos a la impotencia, dotados, eventualmente, de cortes protectoras de las artes; esperaremos así que nuestros vecinos nos permitan dedicarnos a este apacible cuidado de los "valores culturales pueblerinos", valores que deberemos constituir para siempre en el sentido de nuestra existencia. Por otra parte, sería un grave error creer que una formación política como la del Reich alemán pueda reorientarse por decisión *espontánea* hacia una política pacifista, en el sentido en que la práctica, supongamos, Suiza, es decir que pueda limitarse a intervenir con una milicia vigorosa contra la violación de las propias fronteras. Un organismo político como Suiza —si bien pronto también estaría sujeto a los apeti-

tos anexionistas por parte de Italia, en el caso de que debiésemos sucumbir— no es un obstáculo, al menos en principio, a los proyectos de política expansionista de nadie: y esto no sólo a causa de su impotencia sino también debido a su posición geográfica. Pero la simple existencia de una gran potencia, como somos nosotros actualmente, representa un obstáculo en el camino de otros grandes estados, y ante todo frente al hambre de tierra, determinado por la carencia de civilización, de los campesinos rusos, y frente a las miras de gran potencia de la iglesia de estado y de la burocracia rusa. Ahora bien, no se divisa el medio a través del cual esta situación podría ser modificada. Entre todos los grandes estados, Austria era sin duda la más ajena a los propósitos expansionistas, pero precisamente por esto —cosa que es fácilmente olvidada— la más amenazada. En el último instante anterior a su destrucción sólo nos quedaba la alternativa de impedir la catástrofe o bien asistir impotentes a ella, permitiendo que después de algunos años fuésemos derrotados también nosotros. Si no se pudiera desviar en otra dirección el impulso expansionista ruso, las cosas permanecerán tal cual también en el futuro. Éste es un destino que ningún discurso pacifista está en condiciones de cambiar. Y es igualmente evidente que no podíamos y no podemos ya sustraernos, *sin vergüenza*, aunque lo quisiéramos, a la elección hecha una vez —el día en que constituimos el Reich— y a las obligaciones que en ese acto asumimos.

El pacifismo de “damas” norteamericanas (¡de ambos sexos!) es por cierto la *cant* [la hipocresía] más perniciosa que, con perfecta buena fe, haya sido mostrada y exhibida a nivel de mesita de té (con el fariseísmo que el parásito que hace buenos negocios con los suministros de guerra muestra ante los bárbaros de las trincheras). En la neutralidad antimilitarista de los suizos y en su rechazo de la política de potencia también existe en este momento una dosis de incompreensión verdaderamente farisaica del carácter trágico [*Tragik*] de los deberes históricos que recaen sobre un pueblo constituido en gran estado. No obstante, mantenemos un criterio suficientemente objetivo como para ver que detrás de todo esto existe un núcleo incuestionablemente genuino que, sin embargo, debido al cariz asumido por nuestro destino, nosotros, los alemanes del Reich, no podemos aceptar.

En estas discusiones se debería empero soslayar el Evangelio (*si se quiere obrar seriamente*). Y a este respecto es necesario tener en cuenta sólo la coherencia de Tolstoi, y de ningún otro. Por cada uno que recauda aunque sólo sea un centavo de renta, hay otros

tantos que directa o indirectamente deben pagar; si alguien posee algún bien de uso o utiliza un bien de consumo que trasuda todavía el trabajo de otros y no el propio, este individuo llena su propia existencia explotando el engranaje de la atroz y despiadada lucha económica por la existencia que la fraseología burguesa designa como “pacífico trabajo de la civilidad”: otro aspecto de la lucha del hombre contra el hombre, por el cual no ya millones, sino centenares de millones de hombres, de año en año, se atrofian física y psíquicamente, se embrutecen y arrastran, de todos modos, una existencia en la cual todo reconocible “sentido” es en realidad todavía más extraño que el compromiso de todos nosotros (también de las mujeres, porque también ellas “hacen” la guerra, si cumplen su propio deber) en defensa del honor, lo cual sólo significa simplemente: defensa de los deberes históricos del propio pueblo impuestos por el destino. Con respecto a esta cuestión la posición de los evangelios en los pasajes decisivos es de una absoluta univocidad. Ellos expresan su oposición no precisa y exclusivamente a la guerra —a la que no mencionan de manera particular— sino, en definitiva, a todas las instituciones del mundo social, si éste quiere ser *un mundo de la “civilización” terrena*, esto es de la belleza, de la dignidad, del honor y de la grandeza de la “criatura”. Quien no extrae de esto las debidas conclusiones —lo ha hecho el mismo Tolstoi, pero cuando estaba próximo a morir— sepa que está ligado a las instituciones del mundo terrenal, las que, por un tiempo indefinido, contienen en sí la posibilidad y la ineluctabilidad de las guerras de dominio, y que sólo puede satisfacer la eventual “exigencia del día” (el pacifismo) en el *interior* de estas instituciones. Pero esta instancia significaba y significa para los germanos de Alemania una cosa muy distinta que para los germanos de Suiza. Y seguirá siendo así. En efecto, todo lo que forma parte integrante de los bienes de un gran estado es empleado en la codificación del “Pragma de potencia” [*Macht-Pragma*] que domina toda historia política.

El viejo y lúcido empírico John Stuart Mill ha dicho que desde el terreno de la esperanza pura no se llega a un dios; y en mi opinión menos aun se llega a un dios de la bondad, y si acaso se llega a algo es más bien al politeísmo. En realidad, quien vive en este “mundo” (entendido en el sentido cristiano) no puede experimentar en sí nada más que la lucha entre una pluralidad de secuencias de valores, cada una de las cuales, considerada por sí misma, parece capaz de vincular con la divinidad. Él debe elegir a cuáles de estos dioses quiere y debe servir, cuándo a uno y

cuándo al otro. Entonces terminará encontrándose siempre en lucha con alguno de los otros dioses de este mundo, y ante todo siempre estará lejos del dios del cristianismo (más que de ningún otro, de aquel dios que fuera anunciado en el Sermón de la montaña).